

## ¿Qué hacer frente al dolor del mundo?

Luis Armando Aguilar Sahagún

La pregunta es en cierto modo excesiva. ¿Tiene sentido plantearla? ¿Quién es el sujeto? ¿Qué o a quiénes abarca la expresión “mundo”? ¿Qué es el dolor y por qué habría que hacer algo “frente a él”?

Antes de intentar cualquier respuesta, convendrá recordar la advertencia según la cual, para hablar del dolor sin disparatar o faltar al respeto, habría que hacerlo sobre el cadáver de un Dios muerto por amor a los hombres. En el ámbito cristiano, podemos hacer referencia a Jesús de Nazareth, confesado como hijo de Dios, recién sepultado, y atreverse a decir algo como quien está junto a su cadáver, ya en vigilia, ya asombrado, ya perplejo, etc.

### Significado del dolor

*Dolor* es un vocablo en extremo polisémico. La palabra es utilizada con diferentes acepciones en los campos de la neurofisiología, la clínica médica, la psiquiatría, la psicología, la moral, etc. El diccionario Larousse (2005) define el dolor como “sensación penosa y desagradable que se siente en una parte del cuerpo”. Así mismo como “un sentimiento anímico de sufrimiento producido por una gran contrariedad”. En sentido figurado, también significa el sentimiento, la pena, la aflicción por un daño causado. La palabra designa, creo, una realidad y un misterio. Resulta sintomático que René Leriche, cirujano francés que dedicó gran parte de su vida a la cirugía del dolor, respondiera humildemente a la pregunta: “¿Qué es el dolor? Desgraciadamente, no lo sabemos”. En opinión de un destacado psiquiatra: “Desde tiempo inmemorable se ha entendido el dolor no sólo como una sensación desagradable, sino como un sentimiento que significa desgracia, miseria, culpa y maldad”. Por su parte, Lord Adrian, Premio Nobel de Medicina que trabajó en el campo de la neurofisiología de las percepciones sensoriales, llegó a afirmar que “los aspectos amplios del problema recaen sobre los filósofos y sobre los teólogos”.

También hay quienes afirman que, al igual que la muerte, el dolor no puede ser explicado ni interpretado, sino solamente asumido. En el campo médico el dolor no se reduce a una sensación estricta, sino básicamente, una experiencia emocional desagradable (así lo afirma el neurocientífico B. Whyke, *Therapy of pain* 1981).

### El dolor como revelación de la finitud del hombre

Se ha caracterizado al hombre como un animal vulnerable (Juan Masiá 1997), frágil, limitado en todas las dimensiones de su ser corpóreo y de su subjetividad, de su hacer y de sus relaciones con los demás: “Capaz de destruirse a sí mismo, a sus congéneres y a su entorno”. Un ser a quien “urge diagnosticar sus enmascaramientos y curar sus heridas”. Un ser marcado por la ambivalencia. Por su parte, el P. Teilhard de Chardin, pensaba que “cuanto más hombre se hace el hombre, más se ahonda y se agrava —en su carne, en sus nervios, en su espíritu— el problema del mal: del mal que hay que comprender y del mal que hay que sufrir”.

El problema que más interpela a la conciencia es sin duda el sufrimiento de los inocentes. Su dolor nos puede hacer ver este mundo como algo desajustado. Y con verdad. Pero no todo dolor. En cada caso habrá que diferenciar la función que desempeña, que ayuda a detectar

aspectos que es necesario atender, cuidar mejor, ayudar a crecer, equilibrar, etc.

La verdadera interrogante acerca de qué hacer frente al dolor del mundo surge frente al exceso de sufrimiento, pero, sobre todo, al sufrimiento infligido, el dolor padecido en la injusticia. Y lo que es posible constatar en este campo es la indiferencia, la apatía, la falta de solidaridad, de justicia, etc. En una palabra, un déficit, un conjunto de omisiones acumuladas. Se podrían aducir la gran cantidad de deficiencias humanas, de cegueras, de pasiones dejadas al vuelo, etc. Podríamos remitir al misterio de la libertad, a la gran labilidad o fragilidad de la voluntad y de los deseos del hombre. Podríamos decir que el dolor es revelación de la finitud humana; revela al hombre cuál es su verdadero puesto en la creación y le enseña, más aún, le obliga, a vivirse a sí mismo y a la creación en su pequeñez y en su misterio.

### **La vulnerabilidad del hombre como problema ético-religioso**

El “problema” ético-religioso frente al dolor y el sufrimiento no es el sufrimiento en sí mismo, que en muchos casos tiene una función pedagógica, como muestra la experiencia en muchos ámbitos. El sufrimiento purifica, devuelve al hombre a su verdad, a su realidad, destruyendo falsas imágenes de la realidad, sobre todo de la propia, así como falsas expectativas e ilusiones, personales y colectivas. Experiencia que puede llenarlo de gozo y ser incluso motivo de agradecimiento, por tratarse de un factor revelador de verdad.

Adoptar ante el dolor únicamente la postura de combatir activamente contra él sin dejar lugar para asumirlo y aceptarlo, incluso despreciando o condenando este empeño, es pretender conducirnos ante lo doloroso como quien puede afrontar la vida solamente con lo que hay en él de iniciativa y poder, desconociendo otros muchos aspectos. Como si nos fuera dado mirar hacia un futuro sin que nos afectaran nuestras pasividades e incluso organizarnos ya en función de ese futuro. Desde el punto de vista ético eso se presenta como una desmesura, y desde el punto de vista psicológico, por lo menos como un autoengaño. Afirmar que el único sentido del sufrimiento es el que se deriva contra el mismo es unidimensional. El dolor recuerda al hombre su condición “caduca” y “abre así el horizonte de lo infinito y trascendente” (González Anleo). Parece haber una imprescindible mediación religiosa teológica en la comprensión del mal. Más bien parece que el hombre es un ser que desborda en sí mismo lo “natural” humano, como el ser que, aun siendo finito, está siempre más allá de su finitud, al tener acceso, de algún modo, al infinito, que lo envuelve y lo atrae poniendo en él un irrefrenable deseo de ser y vivir. Frente al dolor del mundo, propiamente, sólo un sujeto se puede situar: Dios. Él puede hacer algo ¿Qué es hacer? El cristianismo afirma: hacerse hombre. Animal vulnerable.

### **Las llagas de Cristo como metáfora y como realidad**

Vulnerable viene del latín *vulnus*, *vulneris*. Vulnera son las llagas. Si intentamos decir una palabra de carácter ético y religioso sobre el dolor del mundo, la alusión a las llagas de Cristo, como imagen, como metáfora, puede guiar el intento de lo que deseo poder comunicar. Para esta reflexión ético-religiosa, me serviré de dos sentidos de la palabra “*êthos*”, según la significación de su etimología, como morada, residencia o guarida, espacio vital seguro en el que se habita, en donde puede uno resguardarse de la intemperie, salir y retornar. El otro sentido, ligado a la concepción aristotélica de *êthos* vendría a significar la fuente o raíz de donde brota todo lo humano que se concretiza en la acción y en el carácter. Ambas significaciones están ligadas y resultan de importancia para lo que intentamos compartir.

La metáfora: “escondese dentro de las llagas de Cristo” quizá permita descubrir un nuevo sentido antropológico, ético y religioso. Esta metáfora toma el “dentro”, por una parte, como ámbito o lugar que ofrece una perspectiva, la perspectiva adecuada para sentir-decir, asumir y enfrentar el dolor. Si pudiéramos habitar dentro de las llagas de Jesús, por así decirlo, la realidad, incluyendo sus aspectos dolorosos, se vería y valoraría de manera diferente.

Nos resguardamos dentro de un lugar seguro. Las llagas de Cristo son, paradójicamente, el lugar más vulnerable, más expuesto. Son el lugar en que la saña y la crueldad humana taladraron el cuerpo del Rabí de Galilea. Tan vulnerable es el crucificado –ícono de la humanidad torturada, masacrada, violentada, marginada de innumerables formas- como los soldados que ejecutan las órdenes de clavar sus manos. Como el cónsul que lo entrega para que lo ejecuten. Como las mujeres que lloran frente al espectáculo, mirando al que traspasaron. Llagas de distintos tipos. Vulnerabilidad que reacciona. Acciones y pasiones en acto. En los relatos de sus apariciones como el Resucitado, son las llagas lo que Jesús invita a Tomás a tocar para que deje de ser incrédulo. Y es el tocarlas lo que lo lleva de la incredulidad al reconocimiento de la divinidad de Jesús, de hecho, la primera confesión explícita de la misma en los Evangelios. La incredulidad de Tomás no sólo se refiere a uno de los discípulos cercanos, sino al tipo de incredulidad que puede surgir en cualquier comunidad. Tocar las llagas de Jesús fue para el discípulo el origen del reconocimiento de la divinidad de Jesús, la fuente del gozo, del Shalom con que se presenta Jesús a sus discípulos, como don divino de la paz definitiva (Leon-Defour).

### **¿Sólo hacer algo frente al dolor?**

Bajo la óptica mencionada quizá sería más atinado comenzar por preguntar: “¿Qué hacer desde el dolor de la humanidad, desde la humanidad en mí, el otro en mi propia humanidad? En estricto sentido, el hombre sólo puede hacer en no frente a. Y lo que puede hacer es bien poco. Frente a, quizá, no podemos hacer nada. Quizá eso basta, si ese no poder hacer es hecho con y para, como afirma el filósofo danés, Sören Kierkegaard, con entrañas de Misericordia. Para este pensador la misericordia, una obra del amor, incluso cuando no puede dar nada ni es capaz de hacer nada. En el relato acerca de Lázaro y el rico epulón, comenta Kierkegaard que, si bien sería exagerado decir que un perro sea misericordioso, al haber renunciado el ser humano a la misericordia, los perros tuvieron que ser misericordiosos. El rico estaba en estupendas condiciones de poder hacer algo por Lázaro, en cambio los perros no eran capaces de hacer nada y, no obstante, parecía como si los perros fueran misericordiosos. Kierkegaard quiere recalcar en su discurso que se puede ser misericordioso sin poder hacer lo más mínimo. Puede decirse que el dolor del mundo, del prójimo y del lejano, de la humanidad toda, es mi propio dolor. Y que mi propio dolor es el dolor de Cristo. La pasión de la humanidad es la pasión de Cristo. Lo único claro parece, como imperativo ético frente al dolor del mundo, es comenzar por sentir con la humanidad. Sentir y enfrentar no sólo su propio dolor o el de la persona amada, o que se convierte en objeto de nuestra preocupación, sino sentir el dolor como dolor del mundo, de una sola humanidad y cuidar de él y atenderlo como se cura un mismo cuerpo. El dolor es morada de la impotencia humana y del vulnerable poder del amor de Dios. Lo que podemos hacer, es lo que debemos hacer: transfigurar el dolor hasta no ver su rostro oculto que, como atestigua la experiencia de innumerables personas, es la alegría. Transfigurar el dolor en alegría es lo propio de Dios, y la posibilidad del hombre que acepta convertirse en su socio “que se esconde dentro de sus llagas”.

CENTRO SAN CAMILO  
VIDA Y SALUD  
NO. 80 (2016)